



CUENCA (España)

Cuenca, esta vieja ciudad castellana de las casas subidas sobre rocas para mirarse en los espejos del río Júcar, cantados por Gerardo Diego, es una de las ciudades más características y singulares de las tierras altas de Castilla. Cuenca, «encrespada entre las hoces de sus dos ríos», en decir de Unamuno, duerme tranquila y confiada su sueño milenario sobre esos cimientos de sólida y accidentada geología rupestre y despierta cada mañana de su encantamiento, quizá para sentirse más dulcemente encantada—«ciudad encantada» la llaman—por los arrullos de agua

verde y verdes álamos de sus dos ríos, amantes y fieles enamorados: el Júcar y el Huécar. Un poeta conquense, que ya pertenece a esta generación universal de la actual poesía española—Federico Muelas—, ha dicho de su bellísima ciudad estas palabras aladas y gentiles: «... Las casas, yedra urbana de las rocas, modeladas humanamente por las aguas; los chopos delgados, guardas nobles dignos de Cuenca, tan esbeltos, que el viento en vano se esfuerza por rendir su ganancia al soplar colérico contra el filo verde que el árbol inscribe en el aire; las aguas, completando en su limpio reflejo el milagro de la ciudad engarzada en puro espacio.» Poco más puede decirse de Cuenca—fusión de arquitectura y paisaje—, en que apenas puede perfeccionarse su caprichosa geología.